

Humanidades

El mito de la infancia(*)

José María Tejerina

Elogio del mito

Mito es la segunda acepción del vocablo que aparece en el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua: "el relato o noticia que desfigura lo que realmente es una cosa y le da apariencia de ser más valiosa o más atractiva". *Infancia* es el período de la vida humana desde que se nace a la pubertad. Aunque, etimológicamente, signifique el período de la vida humana en que todavía *no se habla*.

Se ha desorbitado el *mito de la infancia*. Porque a la infancia no la conocemos *introspectivamente*. Dada la inmadurez somática y psíquica del niño. El infante pequeño carece de un lenguaje coherente. Sólo es posible la observación *externa*, y, sobre todo, saber lo que nos cuentan los demás. Junto con las remembranzas, muy *a posteriori*, de ciertos momentos vitales; de alguno de los más importantes avatares infantiles. La inmensa mayoría de los mortales hemos olvidado, casi completamente, lo que nos ocurrió antes de los cuatro años, incluso tres años después. La falta de madurez cerebral dificulta la fijación de *engramas*. Ni recurriendo a drogas alucinógenas o al psicoanálisis se logra recordar la totalidad de lo que nos sucedió en nuestros años iniciales. Y, mucho menos, las sensaciones percibidas en el seno uterino.

(*) Conferencia pronunciada el 28 de febrero del año 2000, en el Salon de Actos del edificio Sa Riera, con motivo de la clausura de I Curso de Especialista Universitario en Salud Infantil de la Universidad de la Islas Baleares.

La pretendida rememoración de un sujeto que "recuerda" su vida fetal y hasta su vida de espermatozoide, es un caso clínico de sugestión, sin base metodológica verosímil.

Los hombres célebres, sin embargo, han difundido muchas veces en sus tardíos escritos autobiográficos, prolijamente, los hechos más aparatosos de su niñez. Suelen ser relatos nostálgicos, una memoria viva *demasiado poética*. Goethe denominó al relato de su infancia, *Verdad y Poesía*. Se mitifican hechos remotos de nuestra infancia. Que, no en balde, el mito es la noble imagen fantástica sin la cual la vida psíquica humana se convierte en paralítica.

El mito nutre nuestro pulso vital, mantiene a flote nuestro afán de vivir. El mito sería, al decir de Ortega, "nuestra hormona psíquica".

El niño comienza a ser inteligible para nosotros en la fase escolar. Esto se comprueba ahora. Mas, en la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, el niño fue tan solo, únicamente, "un sujeto de educación", un ser incivilizado y rebelde al que con palmetazos y castigos físicos, hay que inculcar los principios del honor y la cultura. Eran un barro amorfo que debía moldearse con el cincel y el martillo de la pedagogía.

Con el Romanticismo ocurre un cambio rotundo. El niño ya no es un homúnculo, un ser humano de muy pocos quilates, sino algo valiosísimo al que el contacto con el mundo de los adultos, desvaloriza. Al lado del mito del *buen salvaje*, surge el del *niño-ángel*.

El hombre mejor no es nunca ya el que fue menos niño. Al revés. Es el que al llegar a los treinta años encuentra acumulado en su corazón el espléndido tesoro de su infancia.

Freud que, como ahora se sabe, tuvo una infancia infeliz, sometido como estuvo a los caprichos sexuales de su propio padre, asustó a la victoriana sociedad de su época proclamando que, en las primeras fases de su vida aparecen en el niño graves ímpetus antisociales y una sexualidad

rudimentaria. Sería, pues, el niño, un “perverso polimorfo”. Doctrina dogmática y, a todas luces, absurda.

El niño no es bueno ni malo, es “otro”. No es un ser inmoral, sino sencillamente, “amoral”.

Infancia y biografía

Los hombres célebres, como ya dije, para justificar sus excepcionales trayectorias existenciales, invocan, tácitamente, las teorías de Freud, Piaget, Ajuriaguerra, Rof Carballo, Luis Rojas Marco. Del lejano Rousseau. Hipótesis demostrativas de que para conseguir comprender la manera de comportarse cualquier persona adulta es preciso conocer los recovecos, la urdimbre social y afectiva del paisaje de su infancia.

Decía Alexander Pope que el hombre es para el hombre el más adecuado tema de estudio. Para conocerlo mejor es preciso remontarse a la historia de su infancia. Afirma Aristóteles también: “Ve mejor las cosas quien las ha visto crecer desde el primer momento”.

Hace unos pocos años Dacia Mariani, la ex-mujer de Alberto Moravia, publicó un libro de entrevistas, *E tu chi eris? (Y tú quien eras?)* en el que nos cuentan sus recuerdos de niñez (el ineludible *dropping names*), personajes italianos como Pasolini, Rossellini, Gada; Moravia, Liliana Cavani, Bertolucci, y alguna personalidad foránea, tal María Callas. Son entrevistas que bosquejan la ulterior conducta vital de estas populares figuras.

Pretendía Rousseau, allá en el siglo XVIII, que, “la infancia tiene sus propias maneras de pensar, sentir, y que nada hay más insensato que pretender contratarlas con las nuestras”.

Esta aseveración no es siempre cierta. El niño Santiago Ramón y Cajal estaba obstinado en seguir el camino del arte pictórico. Su severo padre, don Justo Ramón, le prohibió dibujar, pintar, le obligó a ser médico. Y acertó pues el contrariado niño

en su prístina vocación, llegó a ser nada menos que Premio Nobel de Medicina.

Padres y Maestros

Aparte de la época histórica que nos toque vivir, no hay que olvidar el papel fundamental que representan el padre, la madre, el pedagogo, en la evolución biológica y psíquica del infante. En primer lugar, la *madre*. La *relación primigenia*, la simbiosis *madre-niño* en los momentos iniciales de la existencia “está preñada de destino”, escribe Enrich Neumann. De ella va a depender la seguridad futura, del *yo* del niño, su capacidad de coherencia, de aceptación de la adversidad, resistencia al dolor; el poder integrar las experiencias exteriores, gratas e ingratas, en el núcleo creador, en un *fondo de seguridad*.

El niño pequeño, desde la cuna, precisa de *ternura*. De besos, caricias, mimos; de amor, en fin. Amén de necesitar abrigo, alimento, limpieza. Y se relaciona, a través de la madre, con el mundo exterior. La madre filtra, elimina, todo lo que puede ser doloroso para el niño.

Hay, principalmente, dos clases de madres. Una *gran madre buena*, la que dona a su hijo plenitud existencial; sabiduría, el *convencimiento supremo*. Así, por ejemplo, la madre de Ramon Llull, doña Isabel de Erill, en un principio infecunda esposa, con un exceso de afecto hacia su hijo tardío, un impulso, tal vez, neurótico profundo, originado por su falta de amor conyugal. Que, a la larga, destruirá los fundamentos de la existencia de Ramon y agrietará su *urdimbre constitutiva*, convirtiéndole en un ser místico, desequilibrado, con grandes crisis espirituales, oscilantes entre la introversión y la extraversion, de rasgos paranoicos, que culminarían en una fuerte depresión involutiva.

Doña Vicenta Lorca, la madre del poeta Federico García Lorca, es también una madre buena, bienhechora y bienaventurada, que da vida y cariño a su hijo, mas no en demasía. Los tiempos han cambiado, ha quedado atrás la época sombría del Medio-

evo. Y, doña Vicenta enseña a su retoño, sobre todo, a saber oír música, estimula su fantasía, le hace creer, poética y musicalmente, en un más allá; le transmite el conocimiento supremo. Es una madre psíquicamente normal, algo mística, que enamora a Federico y condiciona sus ulteriores tendencias sexuales.

En contraste con estas dos madres buenas nos encontramos con doña Carmen Nessi, la progenitora de Pío Baroja. Es el prototipo del desamor, del alejamiento mundano, casi del abandono, que destruye la personalidad futura de Pío. Que se aproxima, sin querer, a las, madres terribles de la mitología: Mesalina, Perséfone, Su figura maternal va a ser sustituida por la de las *brujas*, personificadas en la criadas que le cuidan, pero aterrorizan al infante, con sus pavorosos relatos. Pío, sin ternura, besos, caricias, será un adulto desilusionado, descreído. El niño sufre la *pérdida de objeto* y cae en una larvada depresión, una apatía escolar, desinterés existencial; males psíquicos de los que tratará de huir y consolarse observando, vehementemente, los sucesos trágicos, los extravagantes personajes con los que se encuentra.

Doña Carmen hace perder al niño Pío su capacidad de poder creer en la Divinidad, en el *conocimiento supremo*. Será, de por vida, un impío, un hombre sin fe, angustiado. La vida no tendrá nunca objeto para él. Ni un fin concreto. "El hombre," pensará, es como un barco mal gobernado en una mar tempestuosa". "Nada merece la pena, tantas luchas y maldades".

Y, *el padre*. En los tres ejemplos citados aparece el perenne conflicto con la figura paterna. Más acusado en la infancia de Ramón Llull y Pío Baroja. Es la consabida hostilidad contra el padre, que no alcanza en ellos, claro está, la neurosis delirante, incestuosa tal vez, de Baudelaire, Poe, Genet, Freud; Sartre. Éste último escribió movido por el odio a su padrastro, "que no existe nunca un padre bueno" y, que el vínculo de la paternidad, "está podrido". Estos autores recuerdan a sus madres, más como enamorados que como hijos.

Es el hoy desacreditado mito del parricidio, del asesinato del padre invocado por Freud en *Totem y Tabú*, hipótesis psicoanalítica superada. Pero es indudable que, en nuestros días, se tiende a crear una "sociedad sin padre", según Mitscherlich; a prescindir de la institución paterna, del padre todopoderoso que, permanentemente, da orden y sentido a la vida. Se difumina hoy la *imago paterna*. Los hijos tienden a educarse por sí mismos, y se rebelan contra las normas tradicionales, ortodoxas, de la familia.

El tercer artífice de la urdimbre de la infancia es, sin duda, el *maestro*.

Ignoramos el nombre del dómine de Ramon Llull, que le enseñó, a palmetazos, el Latín, la Gramática, La Doctrina Cristiana.

Pío Baroja no tuvo mejor suerte; su maestro, Don León Sánchez y Calleja, le consideró siempre un subnormal.

Federico García Lorca, afortunadamente, aprende sus primeras letras con un profesor devoto de las teorías pedagógicas de don Francisco Giner de los Ríos. Igual le ocurrirá, años después, a nuestro Premio Nobel Severo Ochoa, que se encuentra, en Málaga, con un profesor, Eduardo García Rodejas, que le incitará a seguir una trayectoria vital científica.

* * *

Habría que considerar también el "paisaje escolar". El ambiente de las escuelas. Desabrido o, por el contrario, pleno de juegos como preconiza Froebel. Escudriñar el inventario de los objetos que conforman su ajuar. El talante de los condiscípulos.

Las historias de hombres célebres que hemos comentado, quedan, tal vez, algo alejadas de las infancias acomodadas de algunos afortunados niños actuales. Verdaderos idolillos en un altar conducido por una sacerdotisa, una niñera uniformada. Y de los pequeños tiranos domésticos tan frecuentes hoy en la mayoría de las clases sociales; los infantes robustos y bellos de Claude Quillet. Con un inalienable derecho a esa utópica felicidad que defendiera, en tiempos lejanos, Jean Jacques Rousseau.

La Muerte y el sexo

Las dos grandes tormentas anímicas que ensombrecen la infancia y la adolescencia, son, la primera de ellas, el sentir la presencia inmediata de la muerte, el comprobar que se mueren personas muy cercanas a nosotros. Que desaparece, para siempre el *nevermore* de Poe.

A Camilo José Cela, siendo aún un niño, se le murieron dos primos: la prima Mariña y el primo Camilo, de manera inesperada. Cuando Camilo José se enteró, deprimido, derribó un nido de golondrinas, pateó a los polluelos y después se quedó dormido, profundamente. Camilo José Cela, siendo todavía muy niño, a los 8 años comenzó a masturbarse en el Canalillo de Madrid, ante un corro atónito de niños. Fue el suyo un acto exhibicionista, impulsivo, revelador de una gran dosis de fanfarronería; tal vez revelador de unas marcadas dificultades para entablar relaciones sociales normales; de un clima familiar desfavorable.

Se masturbaba, pues, para poner de relieve su desafío a los demás y a sí mismo. Experimentaba ese tipo de masturbación infantil que, afirma Gagern, desencadena, invariablemente, un sentimiento de angustia y de culpabilidad, en íntima relación con el complejo de Edipo.

Federico García Lorca tuvo su primer encuentro con la muerte al morir su hermana Luisa. Contaba Federico cuatro años. Durante mucho tiempo firmaría el poeta sus poemas como *Federico-Luis*.

Otra muerte que marcó la infancia de García Lorca, fue la del viejo pastor, Salvador Cobos Rueda. Que había sido zagal en las Alpujarras, y le contaba a Federico "cosas religiosas"; de duendes, santos, hadas; aventuras con los lobos: el poder sanador de las yerbas, Componía, con tomillo y malvarosa, un ungüento que calmaba toda suerte de males.

Un día el viejo pastor cae muy enfermo y muere. Federico ve al cadáver. Salvador está rígido, empequeñecido, las manos cruzadas sobre el pecho. Un pañuelo cubre su rostro. El niño Federico García Lorca

contempla, aterrado, el silencio maloliente, putrefacto, que es la muerte. Sensación que se le manifestará también, muchos años después, cuando contemple la figura yerta de su amigo el torero Ignacio Sánchez Mejías. Y le hará escribir:

"¿Qué dices? Un silencio con hedores reposa".

Federico García Lorca tuvo, a su vez, un despertar al sexo, ambiguo.

En la escuela le emociona oír el cántico de las niñas del coro. Le inquieta. Le hubiera gustado verlas desnudas. Surgía ya en su espíritu el misterio de la carne, con sus verdades y desengaños.

* * *

Santiago Ramón y Cajal, cuando tiene siete u ocho años, se encuentra rezando en la escuela, "Señor líbranos del mal". De repente cae un rayo en la cercana torre de la iglesia. Eletrocuta al párroco, cuya cabeza cuelga, exánime, de un muro. La centella ha penetrado también en el colegio, por una ventana, la maestra yace sin conocimiento. Los niños, aterrorizados. El rayo ha destrozado el cuadro del Salvador que pendía de una pared. Se desvanece en *Santiaguete* su ingenua creencia infantil de un Dios omnipotente y generoso. Pero no será hasta en los albores de su adolescencia, cuando aparezca ante él, de nuevo, aterrador, el fantasma de la muerte. Un día puede ver, en los campos de Linàs, los cadáveres de unos soldados carlistas muertos en una batalla. Le turba, profundamente, la expresión beatífica de los muertos, plena de calma, de absoluta, profunda inmovilidad; tan distinta a los terrores y convulsiones que muestra la agonía. Intuye, otra vez, que la Vida del Hombre es un extraño, efímero artificio de la Naturaleza.

Piensa que, la aparente impasibilidad de la Muerte no es el equivalente a un estado de conciencia, si no la demostración del definitivo reposo corporal. Santiago Ramón y Cajal dejó escrito que, el gran privilegio de la infancia, es el no saber que también los niños mueren. Y creyó, como Menéndez y Pelayo, que nunca llegamos a

ser nada por nosotros mismos. Nuestra biografía es el parpadeo de las miradas ajenas. Somos, sencillamente, la retina de los demás.

* * *

El niño Ramon Llull se orinaba en la cama, quizás debido a la espina bífida que padecía. Su padre le pegaba unas tremendas palizas. Ramon no podía controlar sus esfínteres, sus micciones. Se marca ya desde su infancia la bipolaridad entre lo superior, el cerebro, lo bueno, y lo inferior las partes bajas cercanas a los órganos excrementicios, lo malo. No asumió nunca Ramon el hecho biológico de que nacemos *inter faecis et urinae*, y que no podemos olvidarnos de disociar ambas realidades sin que padezca nuestro equilibrio emocional.

La herencia y el paisaje natal

Mas, no hay que olvidar el factor genético, hereditario, si queremos adentrarnos, lógicamente, en la composición del proteiforme mosaico de la desconocida psicología infantil. Debemos justipreciar, además, la influencia del ambiente, del paisaje natal y del carácter de sus pobladores, que inciden, con gran vigor, en la vida del niño, durante sus primeras vivencias.

Ramon Llull sueña, a lo largo de su existencia, de sus peregrinajes, de sus místicas aventuras misioneras, con Randa, Valldemossa, con la Roqueta en fin, a la que retorna siempre; la última vez, malherido en Bugía, para morir en sus costas doradas.

Pío Baroja, en París, Madrid, añora su País Vasco, Euzkadi, su casona de Vera, el mar Cantábrico, la parla extraña, inolvidable, de sus paisanos.

Federico García Lorca huye de la capital de España, de sus amigos de la Residencia de Estudiantes y vuelve a Granada, a su huerta de San Vicente, en el trágico verano del 36. Para ser fusilado en el ba-

rranco de Viznar, entre los olivos milenarios de su infancia:

“A la vera del agua,
sin que nadie la viera
se murió mi esperanza”.

En los postreros instantes de nuestra vida terrena, solemos soñar con el pequeño, imborrable, solar de nuestra niñez. Sentimiento que evoca Antonio Machado en unos preciosos versos:

“Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla”.

Añoranza que resurgirá, incontenible, cuando muy próximo a morir, allá en la playa de Colliure, junto al mar latino, escriba en un trocito de papel:

“Estos días azules
y este sol de mi infancia.”

Amor al niño

La infancia. Los niños, creadores de leyendas; de mitos. Desde las más remotas calendas.

En nuestros días se han implantado nuevas técnicas de ingeniería genética, de exitosos métodos quirúrgicos y ortopédicos infantiles. De transfusiones sanguíneas, balances electrolíticos, de equilibrio ácido-base, de alimentación intravenosa y parenteral; eficaces vacunas, milagrosos antibióticos; cuidadosa asepsia.

Todos estos modernos adelantos, proféticos, curativos, dietéticos, psicológicos, intentan salvaguardar la salud corporal y mental de nuestros actuales infantes.

Mas, los niños *lloran todavía*. Por malos tratos, dolor, miedo; hambre. *Falta de amor*. Estamos lejos, aún, de poder realizar plenamente el consejo que dieran sus padres, a punto de morir, a Sarra, su hija mayor y que transcribe Ortega y Gasset en su conocido “Cuento negro”:

“No le abandones a tu hermanito Dan-Auta. Cuida, sobre todo que Dan-Auta *no lllore jamás*.”